

-Enterrador – contestó con firmeza, como si estuviera cincelandó sobre mármol su destino.

Se hizo de pronto un silencio de fuego ahogado al amanecer, un silencio sobrecogido, espeso, inusual en una clase de niños de diez años. La profesora acababa de preguntarnos qué queríamos ser cuando fuéramos mayores. Veterinarios, futbolistas y astronautas se sucedieron hasta que le llegó el turno a mi hermano. Al escuchar su respuesta me giré hacia él. Su rostro relajado y satisfecho, inconsciente de los muros que acababa de levantar con sólo una palabra. En ese instante la luz del sol caía oblicua y exclusiva sobre su pupitre. Pude ver cientos, miles de minúsculas partículas de polvo de tiza flotando a su alrededor. Le toqué la rodilla con disimulo.

-Pero, ¿qué dices, Alejandro?

Me miró frunciendo el ceño, se encogió de hombros por un segundo y me mostró las palmas de sus manos en un gesto cargado de extrañeza. Supe de inmediato que él no bromeaba, y deseé secretamente que el resto de nuestros compañeros creyeran que sí lo estaba haciendo, que pensarán que aquello no era más que un mal chiste, que decidieran que no merecíamos ser castigados con ninguna etiqueta por un simple comentario. Pero nadie rio, nadie se acercó a nosotros en el recreo, nadie nos acompañó a casa al terminar las clases esa tarde, ni la siguiente, ni la siguiente. Nos condenaron a la distancia, a vivir para siempre tras una cortina de cuchicheos crueles. Aquel era uno de los peajes de tener un hermano gemelo, la condición especular de cada uno de nuestros actos. Yo nunca había sido un buen estudiante, pero todos me creían inteligente porque Alejandro sí lo era. Él nunca tuvo buena puntería y, no obstante, ninguno de los que, hasta entonces, habían sido nuestros amigos habría apostado contra mi hermano jugando a la

rana o al veintiuno, únicamente porque yo lanzaba piedras con la misma precisión con la que cada mes de julio brotaba un puesto de helados en la Plaza del Ayuntamiento.

Enterrador, había dicho Alejandro, y de pronto éramos dos quienes asumíamos una extraña pátina funeraria que nos volvía extravagantes y oscuros ante los demás vecinos del pueblo. El rumor fue rebotando de portal en portal y no tardó en llegar al nuestro.

-¿Se puede saber por qué quieres trabajar de sepulturero? – nos soltó mi padre una mañana a ambos, sin previo aviso y sin precisar a cuál de los dos hermanos se dirigía, aún con el sueño pendiéndonos de los párpados y un par de galletas a medio masticar.

-Para cuidar de la yaya – respondió Alejandro, recurriendo al mismo tono de voz, meloso e irritante, que solía usar para excusarse de cualquier trastada.

Nuestra abuela materna había fallecido la primavera anterior. Fue la primera vez que mi hermano y yo visitábamos el cementerio, y lo que para mí resultó una jornada triste, a ratos confusa y a ratos aterradora, para él fue una experiencia fascinante. La posibilidad de seguir en contacto, de algún modo, con los muertos, el olor de los cipreses, el sonido de la tierra húmeda al caer sobre la madera del ataúd. Alejandro nos explicó con tanta pasión cada una de las sensaciones que lo embriagaron que mis padres, conmovidos, no pudieron hacer otra cosa más que mirarse entre ellos, encogerse de hombros, y aceptar que mi hermano siguiera adelante con aquella loca vocación, esperando, supongo, que se tratara de algún capricho pasajero que sería olvidado en cuanto encontrara su verdadero camino en la vida.

-¿He hecho algo malo? – gimoteó Alejandro.

-Claro que no, hijo, claro que no – lo tranquilizó mi madre, acariciándole la cabeza, y envolviéndolo en su regazo.

Así, desde ese momento, con el respaldo de nuestros padres, y el rechazo de cualquier otro ser vivo que conociéramos, tuve que resignarme a pasar cada minuto de mi tiempo con Alejandro, y poco a poco, encerrado con él en una burbuja que yo no había pedido, marginado por algo de lo que yo no tenía ninguna culpa, comencé a alimentar un rencor inconfesable hacia mi hermano.

Durante los primeros meses, a pesar de todo, apenas noté ningún cambio en el comportamiento de Alejandro. No me molestaba con sus delirios de esquelas y catálogos de coronas de flores e, incluso, por las tardes acostumbraba a desaparecer un par de horas en las que yo intentaba, sin éxito, demostrar a los otros niños que era distinto a mi gemelo. Lo probé todo. Fui el más gamberro y el más amable. El más hablador y el más callado. Me dejé el pelo largo para diferenciarme de mi hermano, hasta que mis padres me obligaron a cortármelo. Comencé a sentarme al fondo del aula. Empecé a vestirme con los colores más alegres que encontraba en mi armario. Nada funcionó, no pude integrarme de nuevo en ningún grupo, la sombra de la guadaña estaba demasiado marcada sobre mis hombros.

Esas semanas fueron, sin embargo, de completa placidez para mi hermano. En el fondo de sus ojos habitaba un brillo de indisimulable felicidad que se borró de golpe un sábado de febrero cuando un hombre ridículamente pequeño, con unas gafas ridículamente grandes, llamó al timbre de nuestra puerta. Dijo ser el responsable máximo del camposanto municipal. Vivía en la ciudad y por eso no lo habíamos visto antes.

-Al tratarse de un tema delicado he decidido venir a verlos personalmente.

-¿Qué ocurre?

-Sí, verán, algunas familias se han quejado de su hijo.

-¿Se han quejado? ¿Por qué?

-Viene al cementerio siempre que se celebra algún sepelio. Y, por lo que me han contado, cuando no hay ninguno se dedica a pasear entre los nichos, como si estuviera memorizando los nombres de todas las lápidas. Contemplar ese ejercicio en un muchacho de su edad, resulta... como lo diría... realmente siniestro.

-¿Tú sabías algo? – me preguntaron mis padres. Por supuesto que no, respondí, aunque en el fondo ya imaginaba en qué invertía mi hermano las horas que pasaba alejado de mí.

-En fin – continuó el hombrecillo -, lo mejor para todos es que el niño – dijo señalándonos a ambos -, se abstenga de continuar con su peculiar afición. En caso contrario nos veremos obligados a tomar medidas – remató, levantándose del sofá, sin dejar lugar a réplica alguna.

Mi padre lo despidió con un apretón de manos, en la calle, y vi cómo se alejaba con la certeza de que en cualquier instante un viento ligero podría elevarlo y hacerlo desaparecer entre las nubes.

Nunca supimos cuáles eran aquellas medidas con las que nos amenazó, ya que mis padres se olvidaron de su anterior permisividad, comprendieron que la opinión que tenían de nosotros en el pueblo era peor de lo que imaginaban, y para salvar el futuro de sus hijos se encargaron de prohibirle a Alejandro, bajo amenaza de enviarlo a un internado, que volviera a acercarse siquiera a ninguna tumba, funeral, o cualquier cosa por el estilo. A partir de la mañana siguiente, además, empezaron a acompañarnos a la entrada y a la salida del colegio, como cuando éramos más pequeños. De nuevo pagábamos los dos por una falta que había cometido mi hermano.

Fue ése el paso decisivo que terminó por cortar los lazos, irrompibles poco tiempo atrás, que hubo entre mi gemelo y yo. Si él hubiera continuado con su rutina probablemente no habría sucedido nada, y quién sabe si, tal y como sospecho que pensaron mis padres al principio, Alejandro se habría cansado de aquel sobrevenido interés mortuorio, pero apartarlo bruscamente de su mundo de lápidas no hizo sino acelerar un retraimiento del que ya había mostrado algunos signos y que nunca había formado parte de su carácter hasta el fallecimiento de mi abuela. Aprendió a caminar sin apenas dejar huellas, con la mirada perpetuamente perdida en el horizonte y el labio inferior levemente descolgado, lejos, cada vez más lejos de la realidad.

Pasaron las semanas, llegó el verano, y en la mañana de uno de esos días eternos, de chicharras y cielo vibrante, yo paseaba sin rumbo, solo, por las afueras de pueblo, hasta que me crucé con un corrillo de niños de mi edad, visitantes vacacionales en su mayoría. Me abrí paso entre ellos, temiéndome lo peor y, en efecto, cuando estuve en primera fila encontré a mi hermano, arrodillado, frente al cadáver de un gorrión. Le susurraba palabras de consuelo al pico, mientras cavaba con las manos hasta fabricar un agujero mucho mayor de lo que aquel pájaro necesitaba. A continuación, lo acunó contra su pecho durante unos segundos que se me hicieron interminables, lo depositó después sobre un lecho de fango y gravilla, y finalmente lo cubrió de hojas de magnolio entrelazadas. Esperamos hasta que Alejandro, aún con los ojos cerrados, se incorporó diciendo que el servicio había concluido. Creí adivinar un tono de cierto alivio en sus palabras, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. El grupo se disgregó hacia tareas más interesantes y uno de los muchachos del pueblo, antes de marcharse, se acercó y me susurró al oído:

-Tu hermano está chiflado.

Aquella sentencia terrible abría para mí, sin embargo, un velo de esperanza. Por fin alguien se daba cuenta de que el loco era mi hermano gemelo. Yo no. Tan solo mi hermano.

-¿Puedo jugar? – le pedí esa tarde a aquel mismo niño de quien no recuerdo el nombre pero que era, estoy seguro, el propietario del único balón de reglamento que había visto hasta entonces. Él hacía las veces tanto de portero como de, evidentemente, capitán del equipo y organizador del partido, así que bastó un gesto de asentimiento por su parte, a pesar de las dudas de los demás futbolistas, para que me sumara de nuevo a la corriente vital de risas, zancadillas, bocadillos y excursiones por la ribera del río. Concentrado como estaba en aferrarme y no perder aquella ola, descuidé a mi hermano, y por eso no pude darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Me despertó, zarandeándome, una madrugada de septiembre. Había comenzado a bajar la temperatura y tuve que reprimir un grito al ver su nariz a escasos centímetros de la mía. La luna dibujaba sobre su cara sombras angulosas en las que podían cobijarse misterios indescifrables. Me pareció de repente un adulto prematuro, alguien peligroso a quien ya no conocía.

-Vístete y ven conmigo – me dijo antes de abrir la ventana del dormitorio que compartíamos y de dar, saltando sobre el alféizar, un paso hacia la calle.

-¿Qué haces? Como mamá y papá se enteren te mandarán lejos de aquí, ya lo sabes.

-Me he escapado todas las noches y nunca se han dado cuenta – dijo desde el otro lado -  
. Y tú tampoco, idiota.

Me puse una camiseta de manga corta y unas bermudas que apenas me protegían, y fui tras él lo más rápido que pude. Él, en su mano derecha, llevaba una enorme pala que

había sacado quién sabe de dónde. Caminamos hacia el inmenso bosque que se extendía más allá del puente. En el largo trecho que hubimos de atravesar me confesó que en sus fugas se había dedicado a buscar animales muertos.

-Para enterrarlos – dijo, como si fuera necesaria la aclaración.

Empezó con roedores, un azulejo y un par de lavanderas. Continuó con un mapache, un erizo y un pequeño felino.

-Hasta un mochuelo. Ejemplares cada vez más grandes – afirmó, mirándome de arriba abajo con una sonrisa de comisuras tirantes, minúscula y maliciosa.

Llegamos a los árboles y seguimos avanzando hacia una zona espesa en la que yo jamás había puesto un pie y que se cortaba junto a una pared vertical de roca caliza de la que no se adivinaba la cumbre. Entre las ramas y los brezos se colaba una brisa gélida y susurrante que me puso la piel de gallina. Sentí un miedo profundo, como si en todas direcciones estuviera rodeado de abismos inexplorados. Perdí de vista a Alejandro por un instante, hasta que escuché su voz.

-Es aquí.

Me giré. Vi su silueta que avanzaba hacia mí con la pala en alto. Me agaché temblando y tomé lo que en ese momento no sabía que era un resto macizo y desgajado de un tocón. Lo lancé contra mi hermano.

Siempre he tenido muy buena puntería.

Alejandro frenó en seco. Una gota de sangre brotó de su frente. Dejó caer la pala, alzó las dos manos y se llevó los dedos a la boca. La brecha explotó entonces en un manantial imparable y mi gemelo cayó hacia delante, despertando de su letargo a unos

cuantos pájaros que anidaban a nuestro alrededor. Di un salto hacia atrás y mis talones quedaron suspendidos sobre un hoyo inmenso. Pensé que mi hermano lo había cavado para mí, pero al volver la vista sobre mi espalda comprendí qué hacíamos en esa parte del bosque. Semioculto junto a un tronco nos esperaba el cadáver de una cría de ciervo. Tenía el cuello partido, probablemente se había despeñado, supuse, desde lo alto del risco. Corrí hacia Alejandro, que permanecía inmóvil, boca abajo, sobre un charco delator. Al voltear su cuerpo vi sus ojos, que eran los míos, completamente abiertos, y su boca, tan similar a mi boca, con los labios fruncidos, como si aún buscaran la sílaba inicial de una palabra inexistente que pudiera definir la extrañeza de cuanto había ocurrido.

Él estaba muerto. Yo, en cierto modo, también. Y ambos nos encontrábamos demasiado apartados de cualquier adulto al que pedir auxilio. A pesar de todo, enseguida tuve muy claro cómo debía comportarme. Desplacé a mi hermano y lo dejé caer en el agujero que él mismo había preparado. Lo cubrí con piedras y una gruesa capa de tierra. Sobre él dispuse al pequeño ciervo. Arrastrarlo me costó mucho más esfuerzo, pero la suave inclinación del terreno y la humedad me ayudaron. También lo tapé con tierra, guijarros y hojas. Cuando terminé ya amanecía.

Regresé a mi casa, y en cuanto traspasé el umbral me recibió mi padre.

-Alejandro, gracias a Dios – me dijo -. Nos habéis dado un susto de muerte ¿Se puede saber dónde os habíais metido?

Alejandro, me llamó. Alejandro. Alejandro. Me di cuenta de que me encontraba completamente cubierto de barro y de que, probablemente, un gesto nuevo, de hastío y



penumbra, se me había grabado en el rostro. Aún no sé por qué no saqué a mi padre de su error.

-Yo he estado enterrando animales. Ardillas, conejos. Cosas así.

-¿Y tu hermano? ¿No estaba contigo?

Negué con la cabeza. Pensé que me reprendería por haber desobedecido la orden que le había impuesto a Alejandro, que me amenazaría con buscar para mí el peor de los reformatorios, pero no hizo nada. Únicamente se apoyó en la pared, llorando, y se dejó caer despacio al suelo, como una gota de grasa que resbalara sobre una superficie polvorienta.

Se organizaron batidas para buscarme. Al comienzo del otoño, por fin, empezaron a peinar la zona más profunda del bosque. Cuando se supo que habían encontrado los restos del ciervo creí que la farsa había terminado, pero pensaron que se trataba del desliz de algún furtivo y no siguieron excavando. Quién podía imaginar que bajo el animal descansaba mi hermano.

Poco a poco, todos, salvo mi padre, se dieron por vencidos. Murió un par de años más tarde, convencido aún de que podría encontrar a mi hermano. Tuve una extraña envidia de ese amor incondicional que sintió hasta el último de sus días hacia mi yo extraviado.

Fui Alejandro por equivocación, lo mejor que pude, y ya no dejé de serlo. Sin darme cuenta me acostumbré a caminar lento, sin dejar huellas, con la mirada perdida en el horizonte. No acabé internado en ningún colegio en mitad de la nada, y en cuanto llegué a la mayoría de edad comencé a trabajar en el cementerio como ayudante del enterrador. De eso han pasado un par de décadas, ahora soy yo quien pone el ladrillo final sobre los

cuerpos. He dado sepultura a decenas de vecinos entre los que me crie, y hoy le toca el turno a mi madre. Antes de morir me llamó junto a su cama y me pidió que me inclinara hacia ella.

-Lucas – me susurró al oído, recuperando para mí, por un segundo, un nombre que no había escuchado desde mi infancia -, nunca dejes de visitar la tumba de tu hermano.

Después dejó caer los brazos y cerró los ojos.